

Maria-Antònia SALVÀ, *Viatge a Orient. (Seguit d'Excursió a Galatzó i alguns poemes)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat. Barcelona. 1998, 116 pàgs.

El *Viatge a Orient* de la escritora mallorquina Maria-Antònia Salvà (1869-1958) se inscribe dentro de la serie de relatos de viajes que representantes de la cultura catalana de finales del siglo XIX y principios del XX realizan mayormente a enclaves de Oriente Próximo. En concreto, el que hoy reseñamos es la IV peregrinación española a Tierra Santa, que parte de Barcelona el 27 de Abril de 1907, cuando nuestra autora contaba con 37 años. En la peregrinación de que es objeto el libro que nos ocupa participaron también los escritores Pere Llobera y su tío, Miquel Costa i Llobera; de hecho, cada uno de ellos publicó sendas obras a propósito de aquel viaje conjunto (*Impresión de Tierra Santa* y *Visions de Palestina*, respectivamente). El manuscrito de Maria-Antònia Salvà (que incomprensiblemente quedó inédito en la publicación de las *Obres completes* que la editorial Moll realizó en los años cuarenta) ha visto la luz casi 100 años después, de la mano del Departamento de Filología Catalana de la Universitat de les Illes Balears, en una edición crítica realizada por Lluïsa Julià.

Para empezar es preciso decir que, como hemos podido ver, no se trata de un viaje que se haga por el mero hecho de conocer un nuevo paisaje, una nueva cultura y unas nuevas gentes; se trata de un viaje organizado de un grupo de personas más o menos pías. La literatura de viajes con destinos tan tradicionalmente exóticos como Oriente podía ser de placer o simplemente un peregrinaje a los Santos lugares, pero en cualquier caso siempre nos aparece la novedad como elemento configurador del relato. Todo es novedad, de tal manera que el viajero se siente casi obligatoriamente abocado a realizar un pornerizado y detallado "reportaje", una descripción lírica o una entusiasta descripción de los hechos; en definitiva se trata de dar cuenta de esas vivencias

únicas e irrepetibles proyectadas a través del valor absoluto que la palabra tiene en estos casos. Y es que al escritor le interesa, —y Maria-Antònia Salvà da viva fe de ello—, además del paisaje geográfico, el paisaje espiritual, anímico, provocando así las reminiscencias de una serie de lecturas que posiblemente han dado pie a la realización del viaje. Entre tanto, como distracción y satisfacción personal, se ve libre y sin ataduras para componer esa “pequeña novela” o escribir cualquier cosa que acuda a su mente; el género es bastante permisivo, nada coercitivo. Partiendo de la premisa de que este viaje no tiene un carácter personal, sino colectivo y religioso, hemos de entender también que el resultado de este libro sea muy distinto al que otros viajeros hayan podido efectuar por otros territorios, como pueden ser, por ejemplo, dentro de la literatura de viajes de escritores románticos, los libros de viajes por España de Hans Christian Andersen o de Théophile Gautier. Maria-Antònia Salvà, a la hora de relatar su viaje, bebe seguramente de las fuentes de escritores catalanes tan admirados por ella como Jacint Verdager (*Dietari d'un pelegrí a Terra Santa*, 1889) y de la de autores como Lamartine o Chateaubriand, continuando así una línea ya iniciada en 1814 por Domènec Badia i Leblich (Alí Bei), que verá su máxima expresión en los textos de Josep Pla, Aurora Bertrana, Josep Maria Prous o Ramon Sala, aunque en algunos casos el destino fuera países del Maghreb como Marruecos o Argelia.

Sea como sea, lo cierto es que Salvà inaugura la tradición femenina de los libros de viajes en catalán, confiriéndole a su obra un carácter diferente a todo lo que había escrito hasta ese momento, y algo alejada del aspecto íntimo-reflexivo de los relatos de viajes de la época, que no dejaban de ser diarios personales en la mayoría de los casos, a pesar de que el *Viatge a Orient* está redactado a modo de diario personal, prácticamente día a día y mayoritariamente en tiempo presente. Maria-Antònia Salvà se centra por primera vez —dentro de la literatura catalana femenina— en el mundo exterior, en todo aquello que le rodea. Si bien es cierto que la literatura de viajes de escritores en catalán no empezó a tener una cierta transcendencia hasta el final de la *Renaixença*, es a raíz de esta peregrinación narrada a tres bandas, cuando se hace quizás más prolífica, de la mano de autores como Joaquim Maria de Nadal o Francesc Cambó en los años veinte y Basili M. Franquesa, Manuel Brunet o Antoni Ariet en los años treinta, por no mencionar la dedicación casi exclusiva de Josep Carner durante el desempeño de sus funciones diplomáticas en Beirut (*El Pròxim Orient*, 1935-1936).

El viaje que nos relata la autora tiene una duración de cuarenta días y se configura a través de un texto en el que en principio no caben los aspectos negativos; todo es idílico en él: el mismo camarote del barco, la belleza del paisaje, o la emoción producida al visitar los diferentes lugares, ofrecen descripciones tan características que hacen pensar más en un corpus literario creado *ad hoc* que en el simple reflejo y las meras impresiones de todas las sensaciones que le produce aquel periplo. No hay lugar para los inconvenientes, el cansancio, los malentendidos..., ni siquiera hace referencia a la tormenta que les sorprendió en alta mar, de la que tenemos noticia gracias a los testimonios de

los autores anteriormente mencionados, sus dos compañeros de viaje. Eso quizás confiera al relato un cierto aire irreal, precisamente por lo que puede tener de idílico, por lo exento de —llamémoslas así— “realidades cotidianas”. Salvà se afana en que todo aquello que nos cuenta sea la descripción de una serie de impresiones positivas y maravillosas, una manera de poder resaltar los aspectos positivos y de provocar —¿por qué no?— una cierta envidia a los lectores. Y es que el relato no es en su totalidad un diario de viajes; algunos pasajes no son más que cartas que la escritora envió a amigos y familiares. Particularmente poético resulta el pasaje de la descripción del río Nilo, una descripción evocadora y retórica, donde Salvà recrea la escena en la que Moisés es salvado de las aguas con una prosa lírica estremecedora, casi mística, tratando de transmitir al lector la emoción que a ella le embarga:

“Oh, el Nil...! El Nil tan somiat, amb la seua corrent tranquil·la, (...) Moisés a dins el bres de joncs... La filla de Faraó rodetjada de ses esclaves, disposant-se pel bany... I la germaneta de Moisés vetllant mig amagada a la vorera del riu... (...) però el riu és el mateix, les mateixes aigües, les mateixes vores, la mateixa claror,... fins el nom té per mi una dolçor agomboladora, ben sentida ja en aquells temps llunyans, sense posar-hi esment. Qui m’ho hagués dit, aleshores, que veuria el Nil!” (pág. 82)

Por todo ello, el viaje que nos narra está lleno de belleza, de armonía, de júbilo, de placidez, incluso en determinadas ocasiones, de una cierta teatralidad.

En el vasto itinerario realizado por el barco *Île de France* surcando el Mediterráneo recalcan en Atenas para poner rumbo a Constantinopla a través del Mármara. Navegarán posteriormente las aguas del Egeo hasta llegar a islas como Rodas o Chipre para adentrarse luego en el continente y llegar a Palestina. De ahí que a lo largo y ancho de ese crucero por alta mar y durante la posterior peregrinación terrestre a Tierra Santa, dos diferentes líneas, a nuestro modo de ver, configuren el carácter del viaje:

1. Línea pagano-ortodoxa.
2. Línea religioso-cristiana

1. La línea pagana queda ya trazada, especialmente, en los primeros días del crucero, y vendría dada por la visita a las islas griegas. Esto le sirve a Maria-Antònia Salvà para poder poner de manifiesto la amplia cultura que quizás tenía sobre mitología griega y romana. Abundan los ejemplos y referencias a personajes, mitos o hechos de la Antigüedad clásica como por ejemplo Erecteón, Hera y Sestos, el Coloso de Rodas, o la célebre Guerra del Peloponeso.

La línea ortodoxa estaría determinada mayormente por los comentarios acerca de monumentos y personajes de los Imperios Romano y Otomano a propósito de la visita que hacen a la ciudad de Estambul (Santa Sofía, la Columna

Quemada, Constantino VII, Suleymán el Magnífico...). Pero vuelve a aparecer al final del viaje cuando visita Egipto, experimentando —si cabe— un placer más intenso que el que le proporcionan las visitas de tipo religioso:

“Oïm missa a una roca de la mateixa piràmide i la meva satisfacció no té fi quan, muntada a un camell, me veig dins els arenals del desert, entre piràmides, davant l’Esfinx!” (pág. 85)

2. Una vez llegados a Beirut las descripciones del viaje dan un giro de 180 grados y se convierten en toda una serie de visitas a lugares de marcadas reminiscencias bíblicas o cristianas, lugares que la autora aprovecha para poder narrar innumerables pasajes de las Sagradas Escrituras que —suponemos— debía conocer. Concedámosle a la autora el beneficio de la duda, pues lo cierto es que el texto no está exento de algunos errores o imprecisiones, circunstancia que, por otra parte, es un tanto a su favor, ya que se pone así de relieve que las citas no han sido extraídas directamente de la Biblia, sino que son fruto de sus propios conocimientos, y por lo tanto, como nos ocurre a todos, no son siempre exactas y precisas. No obstante, también es posible que estas inexactitudes tengan su origen en los comentarios realizados por los guías turísticos que tuvo la expedición, y que, por consiguiente, nuestra autora se limitara a anotar las historias y los datos puestos en boca de estos guías:

“... i el petit Hermon a on anà Saül a consultar la Pitonisa” (pág. 51) [En realidad donde fue Saúl fue a Endor].

Esta parte del viaje no es, ni más ni menos, que la constatación y el placer casi místico que le produce a la autora el poder ver personalmente con sus propios ojos enclaves tan puntuales como la cueva en la que la tradición dice que nació Jesucristo, el lugar donde Jesús resucitó a Lázaro, o Canaán, la ciudad donde tuvo lugar el milagro de convertir el agua en vino... Si bien anteriormente Salvà parecía querer resaltar un marcado carácter de cultura mitológica, aquí asistimos a través de estas citas a una acentuación y consolidación de su gran sentimiento religioso.

A pesar de que casi toda la peregrinación tiene —lógicamente— un destacado cariz cristiano, Salvà se nos presenta tolerante y respetuosa con otras religiones (la judía, por ejemplo) o con otras formas y ritos religiosos (ortodoxos, coptos...). Sin embargo el fin último es lo que es, y si bien todo este periplo por Tierra Santa ha sido más que suficiente, no se contenta la expedición con ello, y no satisfecha, entra también en el programa una parada en Roma para visitar al Santo Padre, a la sazón Pío X. Es curioso observar cómo, en lo que supone la estancia en Roma, lo más destacado como parte u objetivo final de un viaje de estas características, sea —comprensiblemente— esta visita al Papa, audiencia y bendición incluidas. Y si bien todo el viaje está realizado —creemos— a un ritmo bastante frenético, el resto de la estancia en Roma se nos convierte en una retahíla enumerativa, una inmensa lista de sitios, palacios, plazas, edificios y monumentos que quizás la escritora ni siquiera visitara, pues no hay

descripción alguna, ni nota o apunte acerca de algo destacado. Como decimos, es una interminable lista-itinerario de lugares donde otro tipo de viajero en otro tipo de viaje se hubiera explayado páginas y páginas narrando las maravillas y la fastuosidad de monumentos por los que parece ser que nuestra autora no parece manifestar, en muchas ocasiones, ni el más mínimo interés.

Ya desde un punto filológico hemos de añadir que el texto tiene interés por sí solo, por lo que supone de acercamiento, aunque en menor medida, al estado de la lengua catalana en aquella época en la que todavía no estaban establecidas las normas de una correcta utilización ortográfica, morfosintáctica y léxica, a pesar de que la editora ha modernizado la ortografía, pero no ha desposeído al texto de su aspecto original. Así nos encontramos con formas como *som desembarcats* (pág. 51) o *érem tornats* (pág. 96), arcaísmos como *deturam* (pág. 96), dialectalismos como *corters* (pág. 82) y castellanismos como *grupo* (pág. 23), *pàlio* (pág.30), *nitxo* (pág. 80) o *iglésia* (pág. 46). Dos notas interesantes: el comentario que hace de la palabra turca *bahsis*, (*propina*; transcrita *bakchis*) (pág. 31) y la explicación pseudo-filológica de la utilización de la palabra sefardí *asina* (*así*) en boca de un joven israelí (pág. 62).

Se remata esta edición con la inclusión del breve relato *Excursió a Galatzó* y de una serie de poemas de intención modernista —muy posteriores al viaje— llenos de aromas, colores, sonidos e históricas y míticas ciudades, sin olvidar el eterno azul del mar o del cielo, y teniendo siempre como constante la temática oriental. Destaca el poema “*La volada*” que, a modo de resumen de todo el viaje, la propia Salvà pensó que podría encabezar el *Viatge a Orient* si se llegaba a publicar algún día. Como testimonios gráficos e ilustrativos que dan fe de la autenticidad del viaje, Lluïsa Julià nos obsequia —gracias a la colaboración de la familia Salvà Truyols y al archivo Salvà de l’Allapassa— con retratos de la propia autora, con fotografías de la expedición y con reproducciones del manuscrito original, salpicado con las diversas postales que nuestra viajera envió a sus amigos.

Desde una distinta perspectiva formal y retórica, todo esto le proporciona a un lector de hoy en día el conocimiento de uno más de los múltiples aspectos que la diversidad estilística de los tan traídos y llevados libros de viajes nos ha ofrecido a lo largo y ancho de su historia. Sirva esta edición para acercarnos a una autora que nos ha proporcionado una distinta manera de concebir los libros de viajes. Pero por encima de todo el reconocimiento de la labor de la editora, Lluïsa Julià, que ha hecho realidad el sueño que seguramente tuvo Maria-Antònia Salvà y que nunca pudo llevar a buen puerto: ver publicada esta obra.

Juan José ORTEGA ROMÁN
Universidad Complutense